

Indignación en la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana

La indignación y la función política de la psicología

Rigoberto Hernández Delgado

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (Morelia, México)

En el capítulo 7 de la Interpretación de los sueños, publicada en 1900, Freud recuerda los siguientes versos del poeta alemán Heinrich Heine:

*Rara vez me comprendieron
Y pocas los comprendí a ustedes,
Sólo cuando nos encontramos en la mierda
Nos comprendimos al instante.*

Estas líneas atrajeron mi atención a partir de los recientes acontecimientos ocurridos en todo el mundo, y que son la razón por la cual el día de hoy y hace dos o tres semanas nos hemos reunido para discutir en torno a una variedad de temas cuyo denominador común parece ser una palabra cuyo sentido no acabamos de delimitar: *indignación*. Pero me parece que las líneas citadas del poeta reflejan bien el estado de ánimo general, porque ante acontecimientos tan heterogéneos como la ya llamada “primavera árabe”, el movimiento estudiantil chileno y otros tantos en Sudamérica, los indignados españoles, los ocupas de Nueva York, Boston y otras ciudades norteamericanas, a pesar –reitero- de su heterogeneidad, todos ellos han propiciado algo así como una empatía contagiosa en los que seguimos, a la distancia geográfica pero en la cercanía mediática, los eventos relativos a tales reacciones sociales.

Entiendo la indignación como un elemento de orden imaginario que propicia en nosotros una identificación con los otros en virtud de una cierta cautivación de la imagen. Esa relación imaginaria permite sentirnos en comunión con el otro de acuerdo al sentimiento vivido, puesto que lo que se comparte y se transmite es lo emotivo. Y esa comprensión de la que habla Heine se cifra precisamente en ese registro. Es precisamente “estar en la mierda” junto con el otro lo que nos permite comprenderlo, aun cuando antes nos encontrábamos a la distancia y aun quizá en franca confrontación. La indignación entonces es sentida, compartida por todos, pues como ya se ha dicho antes al discutir estos temas, todos tenemos razones incluso desde que nacemos para estar indignados.

La virtud mayor de tal sentimiento, aun experimentado de forma displacentera, es la de activar y propiciar una movilización de las acciones en consecuencia con un interés para subvertir el estado de cosas. Tengamos en cuenta que por más vilipendiado que haya sido el registro imaginario en el psicoanálisis lacaniano en cierta época, no podemos sin embargo dejar de reconocer que es

precisamente eso emotivo, eso visceral, lo libidinal, lo que nos permite arrojar nuestras proyecciones, nuestras intenciones e ilusiones al mundo, incluyendo a los otros; también es aquello que nos permite investir una cierta forma de saber y potenciarlo con pretensiones de verdad. Lo imaginario es pues lo que propicia la movilización de la vida, aunque también sea aquello mismo que la pone en mayor riesgo, pues es en este registro donde el amor y la comunión más plena se trastocan de forma vertiginosa en el odio más mortífero. La indignación generalizada, esa que todos podemos sentir con razón, es pues un buen motor para emprender un despliegue enérgico de acciones para subvertir el orden que nos hace padecerla.

Pero es necesario recordar también que la identificación imaginaria se constituye en el riesgo de una alienación en la imagen del otro. Es el lugar mismo de la imposición, de la coacción, del engaño y del autoengaño, del despotismo, de la asimilación más autoritaria, de las dominaciones más palmarias, pero también las más sutiles. Una reacción generalizada de indignación nos muestra algo que nos advierte la necesidad de detenernos un momento a reflexionar en torno a las razones mismas de este sentimiento. Suponemos que todos nos vemos afectados por algo común, por un sistema de dominación político-económico general, por una estrategia masiva, extendida en toda forma de sociedad gracias a los mecanismos de globalización que derriban fronteras e introducen la lógica mercantil en todos los sistemas sociales. Muy a pesar de las diferencias particulares, históricas, geográficas, culturales, económicas, comenzamos a suponer que nuestra indignación es común a la de otros en la medida en que luchamos contra lo mismo. Creo que el riesgo comienza precisamente en este punto, pues designaciones generales, tales como “capitalismo”, “mercado”, “privatización”, no dejan de sobrevolar en las alturas, ahí donde no pueden ser alcanzados como evidencias sino solo como supuestos, transformándose así en formas ideales, conceptos generales, universales, a los cuales dotamos de un poder explicativo e influyente con alcances excesivos. Me parece sin embargo que podemos emplear estos paralogismos de forma estratégica, pues si bien a simple vista ellos no dejan de presentarse como algo que por su forma unificada afectan a todos por igual, la manera en que nosotros reaccionemos, la estrategia de lucha empleada para operar una insubordinación a ellos, demarcará la especificidad de nuestra indignación en relación a la de los otros. La ilusión de una dominación global e insufrible es propicia para el surgimiento de una voluntad de reacción, que se cristaliza en ese sentimiento harto ambiguo también, que es la indignación.

Pero lo menos que se puede exigir de una reacción ante la dominación es la determinación de su especificidad en función de sus causas particulares. Pues la pretensión de universalizar las razones de una lucha, pretendiendo que todos nos esforzamos contra lo mismo, es ya desconocer los particularismos históricos de una tradición singular, haciéndolos pasar como inexistentes. En este punto comenzamos a asumir y a emplear, de manera bastante cómoda, unas opiniones comunes, a la manera de unas nociones que nos sirven para dar cuenta del problema, para argumentar sobre él, pero sobre las cuales no se argumenta, son éstos los presupuestos de toda discusión que escapan a la discusión misma. Si las formas de dominación se fundan en la ilusión de una globalidad, de una opresión molar, se pretende responder equivocadamente con la misma moneda, por medio de una estrategia general, desconociendo la particularidad de cada lucha. Ante lo que

Bourdieu denomina “la astucia de la razón imperialista”, no habría que responder con una estrategia universalista de resistencia, pues eso equivale a retornar a los viejos temas de las sustancialidades, de las génesis puras, tanto del poder, como de la lucha en su contra. Ante la afirmación casi incontrovertible “estoy indignado”, vale pues la pregunta necesaria y reflexiva “¿Qué es lo que me indigna?” o “¿Cuáles son las razones localizables, inmediatas, de mi indignación?”.

Las causas de nuestra incomodidad cotidiana, que puede elevarse hasta la angustia misma, no tienen que corresponderse con esas grandilocuentes denuncias enarboladas en la lucha política de primer plano social. Si bien decimos que los sistemas de dominación no son globales y masivos en sus mecanismos aunque así se nos presenten, no podemos decir sin embargo que no tienen un alcance general en el campo social. La coacción, la opresión, toma las formas más sutiles, más banales, aquellas que nos tocan directamente en cada región de nuestra existencia, y aún más, por cuenta propia nos volvemos parte de ellas. El poder ciertamente no solo se traduce en poder de mercado; la economía no es la única, y quizá tampoco la principal forma de autoritarismo, y habría que decir que ya ni siquiera algo tan aparentemente denunciado como el capitalismo puede comprenderse como una maquinaria de opresión externa a nosotros mismos. No cabría suponer que estamos en un punto de exterioridad con respecto a su funcionamiento más puro, y que somos sus víctimas, o que lo padecemos como una constricción o un peso externo a nosotros mismos. Somos también, cada uno de nosotros, parte de ese entramado, y en particular, la psicología como disciplina responde de forma altamente eficiente a esta clase de poder que se ensancha sobre nuestra vida entera. Esta psicología no deja de ser solidaria con ese poder.

Quiero entonces señalar que sobre nuestra captación casi intuitiva, emotiva, visceral de un sentimiento de indignación, para el cuál no faltan razones, debe perfilarse una reflexión que no tiene nada de abstracta ni de ociosa. La función crítica del pensamiento sobre esta comprensión mutua e inmediata del sentimiento, es la de captar nuestra intención en su relieve particular, histórico, cultural y económicamente específico, y escapar así a la ilusión de la necesidad de una lucha masiva auspiciada por una estrategia totalizante, al espejismo de una respuesta reaccionaria y temeraria que es defectuosa, pero defectuosa no por temeraria, sino por ineficaz.

Hay razones para despreciar la función de los intelectuales en estas luchas, en efecto, pues es moneda corriente en el ámbito de la intelectualidad tanto de derecha como de izquierda emplear las mismas técnicas y situarse en los mismos lugares comunes, éstos que otorgan el papel de una conciencia representante y representativa de las masas. El lugar de un más allá o un más acá que permitiría al intelectual sobrevolar por encima de la captación común de la realidad y hacerse de una visión privilegiada, visión preclara que permitiría separar el engaño de la verdad, para llevar esta última a aquellos que no podrían alcanzarla por cuenta propia. Sea que el intelectual adopte la función de conciencia de la verdad, o bien que pretenda ser la elocuencia de masas mudas, su defecto no deja de ser el mismo, el de suponer como totalidades tanto al poder opresivo, como a la lucha contra él. Ciertamente estos intelectuales no escapan al poder que critican, y sobre todo cuando nos hablan en

términos de conciencia y cuando defienden los ideales más humanitarios, los que por cierto no dejan de presentarnos como valores últimos, naturales e incuestionables. Hablamos ahora de los intelectuales tanto de derecha como de izquierda, intelectuales redentores, inspirados con sentimientos mesiánicos, que suponen que a la gente hay que revelarle una verdad fuera de su alcance. Pero lo cierto es que las masas no requieren ninguna revelación, ellas están al tanto y bien informadas de lo que pasa, de las formas de represión, de las inequidades, de las vejaciones, de la corrupción y de la impostura, de la actitud farisea de los dirigentes sociales y de los políticos, pues ellos mismos se espetan entre ellos tales denuncias todos los días. El juego de la política y de la dominación se ha complejizado excesivamente y resulta problemático pensarlo mediante un maniqueísmo absolutista que supondría en el poder una localización específica derivado de una suerte de malicia personal.

La función del intelectual tendría que ser la de pensar estratégica, local y modestamente las formas de extorción política de las cuales cada uno de nosotros participamos en la actualidad al mismo tiempo que las padecemos, aquellas que se dejan sentir de forma menos impositiva y explícita, que han dejado a un lado la violencia suntuosa y cínica, pero que no dejan de producir una indignación que se capta cada vez con mayor dificultad y como en sordina. En todo este juego, reitero, el psicólogo cumple una función estratégica principal. Por ello, y como ya lo ha mostrado David Pavón, existen buenas razones para preguntarnos, en este contexto, el de una facultad de psicología, por la modalidad mediante la cual también nosotros instrumentalizamos la dominación y propiciamos una cierta forma de indignación, de qué manera operativizamos de forma cada vez más efectiva el poder que pasa por nuestras manos, poder que puede tomar la forma de un saber con pretensiones de verdad, y que desrealiza estratégicamente su carácter político. Pero podemos preguntarnos también, de forma aún más local, por las razones de la indignación que sentimos, profesores, alumnos, trabajadores, hacia las modalidades de transmisión y reproducción, casi automática, de esa misma psicología en su forma institucional y académica, a los presupuestos que la delinean y que fungen como axiomas casi imperceptibles, otorgándole una convicción de certeza. La reflexión teórica y crítica sobre nuestras prácticas y sus fundamentos, la pregunta por sus determinaciones y consecuencias políticas, la pregunta sobre las formas posibles de la psicología, no es un ejercicio banal y pretencioso, no es un ejercicio abstracto que proroga la acción efectiva y situable en la realidad inmediata. El pensamiento crítico es desde siempre una forma de acción, una práctica de subversión.

Finalmente cabría asumir la necesidad de asumir que este ejercicio de lucha y de reflexión es perenne, extendido incluso a la totalidad de la vida misma, a cada momento de su devenir. Ante un poder que permea todo rincón de la existencia, toda temporalidad vital y que pretende ir aún más allá de la vida misma, no cabría esperar una lucha decisiva sino una resistencia permanente y siempre renovada.